

## SOBRE UN NUEVO MÉTODO DE TIPOLOGÍA LINGÜÍSTICA

E. Lewy, ex profesor de Lingüística comparada en la Universidad de Berlín, residente en la actualidad cerca de Dublín como emigrado, acaba de publicar el fruto de treinta años de reflexiones sobre la tipología de las lenguas europeas <sup>1</sup>, continuando así la obra de su maestro F. N. Finck, con el cual comparte la afición por las perspectivas amplias y sobre el cual tiene la ventaja del conocimiento íntimo de ciertas familias de lenguas poco accesibles para la mayoría de los comparatistas, como las lenguas ugro-finesas, las caucásicas y el vasco (esfera de interés que Lewy ha heredado de otro de sus maestros: Heinrich Winkler). El método tipológico, del cual Lewy es hoy posiblemente el representante más notable, no toma la historia de las lenguas como punto de partida; sin embargo llega a puntos de vista históricos, pero al final de la investigación, después de dar descripciones de la estructura de las lenguas y después de agruparlas conforme a criterios descriptivos y comparativos. Los varios rasgos característicos de una lengua se reducen a algunas actitudes espirituales dominantes de las comunidades lingüísticas, y estas actitudes básicas, deducidas de los fenómenos visibles, son las que permiten llegar a agrupaciones geográficas y al escalonamiento histórico. Todo el edificio tipológico-histórico de Lewy descansa pues en su método de *Veranschaulichung*, consistente en poner de manifiesto una actitud espiritual u n a en rasgos lingüísticos que tal vez parecerían dispares a muchos lingüistas de la escuela positivista. Para Lewy, como para Vossler, *Sprachwandel* es *Seelenwandel*, las innovaciones lingüísticas provienen de un cambio de actitud espiritual, cambio que, a su vez, puede deberse, ya a mezcla de razas en las comunidades hablantes, ya a imitación de actitudes extranjeras (influencias culturales), ya a un

<sup>1</sup> *Der Bau der europäischen Sprachen*, en *Proceedings of the Royal Irish Academy*, XLVIII, 2 (Dublín, 1942), pp. 15-117.

desarrollo más intenso de la individualidad racial propia del grupo. Es sabido que Lewy cree, como van Ginneken, que unos gérmenes biológicos implantados en un pueblo pueden desarrollarse algunos siglos más tarde, y así particularidades que surgen tarde en la historia de una lengua pueden hacerse remontar sin embargo a gérmenes raciales mucho más antiguos. La paradoja de que la evolución  $U > \bar{u}$  se muestre en francés tres siglos después de la muerte del galo en Francia, no es tal para esta escuela, que sostiene la galicidad de esta evolución francesa y apela a la analogía de la ley de Mendel.

En el trabajo que nos ocupa y que continúa, a una escala mucho más amplia, es decir, europea, el estudio *Zur Wesensgestalt des Französischen*, que inserté en mi antología *Meisterwerke der romanischen Sprachwissenschaft* (tomo II, Munich, 1930), distingue Lewy cinco áreas principales: la atlántica (que comprende el vasco, el castellano, el francés, el italiano, el irlandés, el inglés y el sueco), la central (alemán, húngaro), la balcánica (albanés, rumano, neogriego), la oriental (letón, ruso, finés, mordvino, cheremís) y la ártica (yurak-samoyedo). Después de describir rápidamente estas lenguas, una por una <sup>1</sup>, en 285 párrafos, ordenados rigurosamente y cuajados de hechos lingüísticos con ejemplos característicos de cada uno, dedica 80 párrafos a averiguar el porqué histórico de las áreas geográficas que ocupan hoy estas lenguas, y 12 más a describir las civilizaciones subyacentes a los varios tipos de lenguas <sup>2</sup>. Avanzamos pues desde una inducción

<sup>1</sup> ¿ Por qué omite el turco y el armenio ?

<sup>2</sup> Tenga que decir desde el principio que el sistema de párrafos y llamadas constantes crea una apariencia de rigor científico, que no corresponde en absoluto a la flexibilidad del pensamiento de Lewy. Los párrafos no se siguen, ni pueden seguirse, en un orden ajustado a un desenvolvimiento lógico; tampoco hacen posible el seguir un rasgo determinado a través de todas las lenguas (por ejemplo: « el narrativo a través de las lenguas » etc.), pero claro está que ahorran al autor muchas repeticiones. Tal como lo practica Lewy el sistema de referencias es empero de los más arbitrarios por cuanto tiende a crear unas áreas geográficas aparentes, que sólo serían exactas si llenaran la condición de ser completas y de contener realmente un mismo fenómeno. Por ejemplo en el § 41 (*al triste de mi padre*) se nos remite al § 94, o sea a la construcción irlandesa *fear na tuagha* 'the man with the ax' que contiene un « genitivo preposicional » para expresar una « identificación »; pero fácil es ver que se trata de dos fenómenos *toto caelo* diferentes: 'el hombre del hacha' (comparable al alemán *der Mann des Schwertes*, fr. *l'homme à l'épée*) es algo distinto de *al triste de mi padre*, que Lewy debió relacionar con el tipo francés (no citado en el capítulo acerca de esta lengua) *ce fripon de valet, une drôle de femme, la coquine de Toinette* (al. *der Schlingel von einem Bedienten*, ingl. *the rascal of a fellow*): en la expresión irlandesa hay realmente un

empírica hacia una vasta historia cultural de la mentalidad europea, abocetada más que desarrollada. De una manera general, Lewy, mentalidad aforística y sintética, a veces oracular, prefiere reunir en haz los rasgos típicos para extraer la tendencia básica, antes que profundizar el detalle, y así debe sacrificar la monografía a la henografía, el detalle particular a la visión de conjunto. Nadie como él sabe que únicamente mediante cierta energía sintética y mediante una violencia extremada se puede llegar a poner orden en el farrago embarrasoso de los hechos; nadie como él reconoce lo osado de su empresa. Lewy sabe «osar» magistralmente; debemos agradecerérselo, y la carencia completa de pusilanimidad (lo cual no es lo mismo que falta de autocritica) es precisamente una de las notas de su genio. Noble mentalidad imbuída del monoteísmo judío, tiene prisa en llegar al principio único y unificador, y no se sentirá satisfecho más que si la síntesis surgida de su tipología descriptiva se compagina con sus puntos de vista sobre la historia de la mentalidad europea, que para él es la historia de la abstracción y de la racionalización, visible tanto en las lenguas como en la civilización de Europa. En cambio, sus simpatías las reserva al parecer para la civilización de los labradores, pescadores y cazadores de pueblos más primitivos.

¿Cuáles son los rasgos característicos (unificadores) de las cinco áreas europeas? (Aquí tendré que simplificar las ya radicales simplificaciones de Lewy). Las lenguas atlánticas se distinguen por la *Flexionsisolierung*, el aislamiento de los elementos flexionales, cada uno de los cuales expresa una relación aparte (cast. *de/la/casa*, opuesto al lat. *domūs*); las centrales, por la *Wortflexion* = flexión de las palabras (al. (*des*) *Hauses*); las balcánicas por la demostratividad (gr. τὸ ἄνθρωπος τὸ ἐλληνικόν, rum. *bun-ul om* 'el hombre', con un artículo más separado); las orientales, ya por la *Stammflexion* (flexión del radical, no hay artículo), ya por la «subordinación» de los indicadores pro-

genitivo que indica que el hombre está en verdad poseído por (y en consecuencia se identifica con) el hacha (en tanto que lo contrario es lo normal: el hacha es normalmente la poseída por el hombre); en *ce fripon de valet* el *de* no indica un genitivo, sino que es la preposición *de* con el significado de 'en cuestión de (criado)'. Lyer demostró en forma excelente que nuestro tipo romance nada tiene que ver con el lat. *scelus hominis*.

Tampoco veo por qué la diferencia en el orden de las palabras en los dos giros castellanos *buenas noches* y *noche buena* (§ 44) debiera hacernos pensar en el irlandés, que no declina los adjetivos antepuestos al sustantivo (lo que recuerda más bien el alemán *schön Rothtraut*) antes que en la misma regla del francés (*tratada* en el § 68, sin referencia al castellano) y del italiano (donde no se la menciona).

nominales, casuales, temporales, modales a la raíz de la palabra; rasgo este último que constituye la nota exclusiva del grupo ártico.

La agrupación tipológica y descriptiva de Lewy difiere grandemente de la agrupación tradicional en familias históricas de lenguas: por ejemplo las lenguas romances occidentales son miembros del mismo grupo que abarca el irlandés, el inglés y el vasco; el letón y el ruso se agrupan juntamente con el ugro-finés; Lewy llega de este modo a admitir un tipo indoeuropeo, originario de los Cárpatos (es la famosa *Urheimat* o patria de los indoeuropeos) que habría repelido o se habría superpuesto a otros tipos, por ejemplo el tipo atlántico, el cual emerge a pesar de ello en lenguas tan poco emparentadas históricamente como el irlandés, el vasco y aun las lenguas romances occidentales. El sistema de lenguas indoeuropeo presenta un carácter netamente racionalizado, en paralelismo con la civilización europea.

Lo interesante para el romanista y en particular para el hispanista es precisamente ver cómo ciertos rasgos romances (castellanos), que estamos acostumbrados a agrupar con la lengua madre, el latín, van alineados con los de lenguas no romances, por ejemplo el griego antiguo, que, conforme a una observación de Diez exhumada por Lewy, presenta ciertos fenómenos (el artículo, por ejemplo) desconocidos del latín. La estructura del castellano, en opinión de Lewy, está mucho más cercana a la del vasco de lo que en general se inclinan a creer los romanistas. Etc.

Evidentemente es de gran interés científico ver tratar a las lenguas romances como si no supiéramos que vienen del latín: el lingüista que las mira con «lentes no romanistas» podría tener posibilidad de dar con rasgos nuevos, que pasaron inadvertidos a los romanistas latinizantes. El francés, el castellano, etc. ¿serán en verdad tan romances como se dice? En teoría, pues, no se puede objetar nada a una caracterización del francés o del castellano por parte de un ugrofinista sin prejuicios romanísticos, que trata de ver las cosas con sus propios ojos. Por lo demás Sandfeld precedió a Lewy, y éste se apresura a reconocerlo, en el considerar una lengua romance, el rumano, dentro del marco de las lenguas «balcánicas» alógenas.

Para criticar el edificio de ideas construído por Lewy debemos empezar por examinar las descripciones de las lenguas que creemos conocer bien. En mi caso particular, examinaré la descripción de las lenguas romances.

Para Lewy, la lengua italiana es, en cuanto a su estructura, la «lengua europea típica», la que sigue mejor al latín sin presentar muchas

innovaciones. No es ni « barroca »<sup>1</sup> como el castellano, ni « limitada » como el francés, es « clásica ». El francés es por una parte la « lengua abstracta » por excelencia (Viggo Brøndal), (cf. *j'espère*, con *Flexionsisolierung*, mientras que el italiano y el español tienen (*e*)*spero*); por otra parte « naturalista » (conjunciones y pronombres, compuestos de palabras concretas *beau-coup*, *main tenant*, *lors-que*, *celui-ci*, *ne...pas*; « énfasis », como en irlandés, *c'est là que...*). Las tres lenguas romances occidentales (para Lewy el italiano es una de ellas, no, como opinan la mayoría de los romanistas, una lengua oriental, que comparte con el rumano la caída de la -s, la conservación de las sordas intervocálicas, la categoría del neutro *luogora*: *locurî*) tienen en común el desarrollo del artículo antepuesto, el sistema de los tiempos y el infinitivo, — tres rasgos que las relacionan con el griego antiguo —; la *Flexionsisolierung* y la creación de un signo general relativo — rasgos que tienen en común con el inglés y que deben remontarse a la época « atlántica » —; el castellano y el italiano tienen en común la formación viva de sustantivos por medio de sufijos (*hombre*, *ón*, *-acho*, etc.); el italiano y el francés, el participio activo y los adverbios que actúan como pronombres (*y ~ ci*), rasgos que, o se han conservado del latín o son innovaciones.

El castellano, en fin, ofrece como rasgos particulares *Endungslockerheit* (amovilidad de las desinencias) en el caso del adverbio en *-mente* (*humilde y piamente*); el *Dativobjekt* (*a* ante seres animados); la equivalencia de la palabra y la frase (*de* ante un sustantivo o bien ante una incisa: *de sí...*); la anticipación del régimen (*me mataba a mí de hambre*); el signo del relativo (*que*); vocativos como *¡ hombre !*, *¡ muchacha !* — rasgos que aproximan el castellano al vasco: cf., según el orden de los rasgos enumerados, el vasco *senhar emaste-n artian* 'entre hombre y mujer' con *-n* expresada una vez; el caso « activus » en vasco; oraciones incisivas expresadas por sustantivos verbales o participios provistos de flexiones casuales; demostrativos que anticipan los nombres ('él le, al conductor, había ido al lado'); oraciones de relativo con *-n*, signo de la subordinación, y sufijos casuales; formas « vocativas » del verbo según la persona a quien se habla.

<sup>1</sup> Lewy no vuelve, en el curso de la obra, a emplear este epíteto, inspirado más bien, a mi parecer, en la literatura que en la lengua castellana. En todo caso en su esbozo del castellano nada me parece barroco, mientras que yo emplearía este epíteto a propósito del vasco o del irlandés, aunque sin dejar de darme cuenta de que con él tal vez expresara más mi sorpresa personal que la esencia objetiva de esas lenguas.

Aquí la resistencia del hispanista, más acostumbrado a la microscopía que a la macroscopía, se hace muy fuerte. En efecto, los rasgos citados como paralelos en castellano y en vasco, no me parecen casi nunca iguales o similares en realidad. Sé perfectamente que Lewy previno a los críticos de que « unas mismas categorías pueden, en un material lingüístico diferente, asumir una expresión diferente » (§ 14), pero ¿ cómo vamos a creer en estas yuxtaposiciones de rasgos castellanos y vascos, de las que se afirma prueban un substrato europeo-occidental (atlántico) unitario, cuando el hábitat de ninguno de esos rasgos es exclusivamente castellano y vasco, y cuando el centro ideológico, la raíz psicológica, la forma interior de esos rasgos, son diferentes en vasco y en castellano ?

Me explicaré enumerando cada uno de esos rasgos.

1) El hecho de que el castellano evite solamente en los adverbios la repetición del elemento *-mente* no es señal de una *Endungslockerheit*, no es más que el signo de una concreción (coalescencia) imperfecta de dos palabras latinas (PIA MENTE), que en romance han perdido su sentido pleno hasta cierto grado, no del todo (el origen « mental » del *-mente* adverbial no se ha olvidado tampoco en francés : *vertement* sólo puede emplearse en sentido metafórico, es decir, humano: *tencer vertement no le feuillage vertement étincelant*, como en alemán *grün schillernd*, cf. también *vive feliz* y *vive felizmente*), y que tienen a su lado grupos como *pio pectore*, *corde*, etc. El castellano antiguo poseía también *fiera guisa* (*fiera cosa*) adverbial, equivalente del inglés *likewise* y del alemán *glücklicherweise*, que presentan el mismo estado de inconcreción. Este mismo estado aparece en el catalán del Renacimiento (que emplea además la figura retórica, luego muy reciente, del hipérbaton, al decir *humilment e pia*), en provenzal antiguo y también en francés antiguo, lo que se opone a un origen vasco. Si Lewy replicara que en castellano y portugués el rasgo estaba más arraigado que en provenzal y en francés, puesto que en estas dos últimas lenguas ha desaparecido, siempre tendríamos que el fenómeno galorrománico antiguo no pudo tener raíz vasca. Por lo demás, esos mismos territorios conocieron la falta de concreción en el futuro (*dir-te-he(i)*), pero antes que de una *Endungslockerheit* se trata de una oposición muy romance a las palabras compuestas: el francés, entre todos los romances, es el que ha llegado más lejos en materia de composición de palabras, indudablemente bajo la influencia germánica (*bette-rave*, *wagon-lit* etc.). Lewy no da bastante relieve a la aversión contra los compuestos, tan favorecidos por el griego, el eslavo y el germánico.

Por otra parte la *-n* vasca, que no es un miembro de compuesto, como *-mente*, sino un signo de flexión, es algo completamente diverso; yo la compararía más bien a la construcción interromance INTER...ET (fr. *entre mari et femme, ils dépensaient 2000 francs par an*). El centro ideológico de la *-n* es completamente diferente del de *-mente*. Los dos giros son inconmensurables, tanto desde el punto de vista del hábitat como de su forma interior.

2) El *Dativobjekt* con *a* o, como dice Lewy, «la relación vivá o no viva del sujeto de la oración con el régimen», en mi opinión nada tiene que ver con la *-k* del «activus», sujeto del verbo transitivo vasco, considerado por Schuchardt como sujeto de un verbo en pasiva (*nihor-k etzuen ezagutzen* 'por nadie fué sabido' > 'nadie lo supo'): en efecto, no hay un dativo junto a la pasiva, como en latín, en *mataba a Pablo*, sino una especie de adverbio de dirección 'hacia la esfera de Pablo', cf. A. G. Hatcher, *MLN*, 1942. ¿Cómo puede compararse la construcción pasiva del vasco (en reemplazo de la transitiva de las lenguas indoeuropeas) con un intransitivo castellano 'matar, en lo referente a Pablo'? Lo común es únicamente el evitar el transitivo, pero en castellano y en vasco se hace de una manera diferente. Además el mismo fenómeno se encuentra en provenzal, en retorrománico, en corso: ¿el substrato vasco llegará pues tan lejos o bien será el substrato ilírico, no menos famoso (a través del rumano etc.), el que nos saque de apuros?

3) El castellano *para enterarse de si la familia estaba buena* (de como en *enterarse del estado de la familia*) tiene un paralelo exacto en el fr. *pour si...* y cf. Tobler, *Vermischte Beiträge*, V, 13, que no da menos ejemplos franceses de *pour quand...*, *de quand...*, *de retour d'où...*, que castellanos y portugueses de *para cuando*, *por si*, *de cuando*, *delante*, *donde*, etc. Por otra parte, el rumano *dacă* 'si, cuando' es, según la demostración magistral de Drăganu, un *de că* 'de que' paralelo a *de când* 'de cuando', *de cum* 'de como', etc., e incluso la preposición *de*, sola, se ha convertido en rumano en una conjunción 'si', '(de manera) que', lo que no se explica sino por la equivalencia de las incisas con los nombres (*de ești năzdrăvană* 'si tú eres profética' literalmente 'de [tu ser profético viene que...]' con el cual compararía yo el inglés americano popular *on account of I am sick I can't go to school* 'a causa de: estoy enfermo' > 'porque'). No hay pues nada en todo eso que distinga particularmente el castellano, y por otra parte carece de base el paralelismo con la *-n* subordinadora de las oraciones de relativo.

4) ¿ El tipo *me mataba a mí de hambre* será paralelo del vasco *juan zitzaion eskutariari alderat* 'había ido le-al-conductor al lado'? El propio Lewy apunta que las mismas anticipaciones se dan, fuera de las lenguas «atlánticas», en albanés, rumano, oseta y mordvino. El mismo tipo de expresión se encuentra además en francés popular: *nous deux Guillaume*; y en lo que llamé la «*technique du rappel*» en Céline, *Le fr. mod.*, III, 193; naturalmente replicará Lewy que en su sistema de ideas una particularidad «gálica» (que él deduciría del fenómeno irlandés paralelo) puede perfectamente «emerger» en el siglo XX en el francés popular, con lo que el carácter «atlántico» del francés quedaría tanto más subrayado; pero debo observar que un misticismo biológico que admita la reaparición de caracteres étnicos antiguos a 15 siglos de distancia, se parece ya demasiado a la arbitrariedad absoluta, y que una geografía lingüística que atribuya un mismo fenómeno, al vasco, si se presenta en España, y al galo, si se encuentra en Francia, es excesivamente acomodaticia.

5) El *que* «signo de relativo» corresponde a la *-n* subordinante de las oraciones de relativo vascas. Pero esta *-n* ya había aparecido como paralela a otros rasgos del castellano en los párrafos 1 y 3: ¿desempeña, pues, un papel proteico? Y el relativo «para todo servicio» ¿no es común al español y a todas las lenguas romances, al inglés, al alemán<sup>1</sup>, al semítico, etc.?

6) El nominativo en función de vocativo; *hombre!*; *muchacha!* es paralelo a las *Bezugsformen* o al «verbo vocativo» del vasco, es decir a las formas variadas de oración según sea el interlocutor (por ejemplo formas con *ch-* en lugar de *z-* hablando con niños). Pero este nominativo-vocativo nada tiene de peculiar del castellano (it. *quell'uomo!*; fr. *ohé, la fille! mon colonel, amiral, garçon!*; los casos paralelos en rumano que Puscariu analizó en *Études de Linguistique Roumaine*, p. 458; al. *Mensch! Kellner!*; anglo-americano *waiter!, officer!*). Por otra

<sup>1</sup> En el capítulo dedicado al alemán anota Lewy que la «lengua escrita» no conoce el «signo del relativo»; y es que él sabe perfectamente que el alemán popular dice «*der Mann, was [= que] ich gesehen habe*». Lo que aquí observamos es que en alemán el relativo «para todo servicio» no está aceptado por el lenguaje de los cultos, mientras que en castellano o en italiano esos mismos ambientes no se opusieron a tal rasgo popular. Pero esta regulación, variable según los países, que trajeó diferentemente al habla popular en el momento de la fijación de una lengua escrita, es reflejo de situaciones históricas y de ambientes de civilización diferentes, y en cuanto obedece a factores culturales e históricos nada puede enseñarnos sobre la prehistoria.



parte ¿acaso el lenguaje de la *nursery* no se halla en todas partes? En vienés yo diría *müdi (hündi) is zieri gangi* 'das Mädchen (das Hündchen) ist spazieren gegangen' con un sufijo « infantil » añadido a todas las palabras. Y precisamente el castellano presenta en sus nombres hipocorísticos un procedimiento de palatalización determinado por la *Stimmung* (*Concepción* > *Concha*) que analicé en *Rev. des Ét. Basques*, XXV, 354, y que verdaderamente es comparable hasta cierto punto con una diminutivización vasca con *-ch-* (*Martín* > *Machín*); en cambio los casos *zamarra~chamarra*, *zanca~chanca*, citados por Lewy, no son seguros, ya que salen de préstamos diferentes de lenguas extranjeras, cf. *REW* 7563a, 9598. Es triste ver como Lewy, tratando de hallar el *Stimmungs-Äquivalent* exacto en castellano y en vasco, cae en un paralelismo falso y no se da cuenta del verdadero <sup>1</sup>.

Lo que en Lewy llama la atención, es la abdicación del sentimiento histórico para las civilizaciones cuya historia se desarrolla ante nuestros ojos, en favor del prehistoricismo. De esta manera todo lo que podemos observar se elimina en provecho de la especulación: Lewy estudia (o más bien emplea) fenómenos de lenguas que estamos acostumbrados a relacionar con tendencias psicológicas y culturales bien definidas cronológicamente, para probar supervivencias o « revivencias » « biológico-místicas ». Todo aquello en que gustamos de ver rasgos de civilización, se vuelve racial. Saca Lewy a colación los aumentativos « emocionales » del castellano, *hombrón*, *hombracho*, *hombrote*, *hombrachón* (y del italiano), procedimiento de modificación que no existe en francés moderno. Nosotros preguntaríamos: ¿ desde cuándo los ha perdido el francés ? Respuesta: desde Vaugelas y Malherbe, es decir desde los maestros del clasicismo lingüístico en Francia. El francés antiguo en este punto no se distinguía marcadamente del italiano: tenía *hommasse*; *hommet*, *hommeau*, *hommelet*, que ahora es preciso sustituir por *petit bout d'homme*, y si Lewy sale con la vieja raza « atlántica », que se manifiesta en la reforma lingüística del siglo XVII, yo preguntaré si ante este andamiaje fantástico no se derrumban todos los progresos minuciosos de la filología romance en los últimos 50 años; las lenguas romances dejarían de tener historia y perfiles escalonados de siglo en siglo: ya no les quedaría más que una

<sup>1</sup> El mismo fenómeno de palatalización afectiva se encuentra en muchas otras lenguas, por ejemplo en el letón *junelis*, diminutivo peyorativo de *suns* 'perro' (*Atti del III° Congresso Internaz. dei Linguisti*, 1935, p. 137); ¿ habrá que sacar de ella alguna conclusión « geográfico-tipológica » ?

vaga y penumbrosa prehistoria. Y en lugar de una ciencia no nos quedarían más que nuestros presentimientos, ¡una pre-ciencia! «El antiguo castellano literario gustaba de los períodos largos» (siguen unos ejemplos sacados de Blasco Ibáñez; pero Lewy está pensando seguramente en el Siglo de Oro). Ni una palabra de corrientes literarias, más o menos enamoradas del período ciceroniano; un puro hecho de civilización se convierte en rasgo inherente a la lengua. «Las oraciones de relativo [especificativas] se distinguen [de las explicativas] por la puntuación [la coma]»; ni una palabra de que la coma no es más que la notación de la voz y por lo tanto un signo introducido por gramáticos; la puntuación es diferente en alemán porque los gramáticos de esta lengua legislaron de otro modo, pero ¿acaso las oraciones de relativo especificativas se pronuncian en ella de otra manera que en castellano (y en francés)? Tanto diletantismo admira en un pensador tan profundo y en un lingüista que conoce tantas lenguas.

Además Lewy simplifica en exceso al caracterizar las diferentes lenguas: omite rasgos del castellano que me parecen esenciales, por ejemplo lo que últimamente he llamado la tendencia a presentar los hechos como «consumados» (*se acabó*) y, en sentido contrario, la insistencia en lo hipotético (los numerosos modos hipotéticos); el imperativo gerundial e histórico (Lewy cita este último en ruso); la falta de compuestos en castellano (como en general en las lenguas romances, rasgo que las distingue de las germánicas, y es reflejo de una manera más abstracta de clasificar el mundo de los fenómenos); el indefinido expresado por *si* o del tipo *diz, dicen, dizque*, etc., etc.; el narrativo con *que* (Lewy menciona el narrativo letón); las expresiones de «grupos»: *el oro y la otra plata, los duques* 'el duque y la duquesa'; *las leyes y estatutos*, tipo que Lewy presenta como debido a la *Flexionsisolierung*: pero entonces ¡la construcción debiera ser *las leyes y los estatutos*!

Igual esquematización tenemos asimismo al registrar en otras lenguas tendencias a las que se podrían señalar equivalentes castellanos: por ejemplo el francés tiene adverbios y preposiciones descomponibles (descomponibles ¿por quién? ¿por el pueblo o por los etimólogos?)<sup>1</sup>,

<sup>1</sup> Hay aquí cierta vaguedad o «esfumación» en el pensamiento de Lewy: al colocar en un mismo plano *beau-coup, main-tenant, aujourd'hui, l-ors-que*, etc., apela a su percepción de etimologista no francés, sin preguntarse cómo los percibe un francés de hoy, para quien los tres primeros compuestos forman una unidad, mientras que *lorsque* se asocia con *puisque, parce que, en ce que* (lo que está probado por el hecho de que franceses poco cultos llegan a decir *lorceque*) y no es

como *beau-coup*, *main-tenant*, *aujourd'hui*, *à côté de*, *lorsque*, pero ¿acaso el castellano no posee los *fiera cosa*, *guisa*, citados más arriba, *a-hora*, *hoy día*, *cerca de*, *pues que*, *ya que*, *puesto que*, *luego que*? y ¿será menos «naturalista» que el francés? Lo que aquí nos ofrece Lewy, bien mirado, es la suma de lo que le ha llamado la atención a él personalmente<sup>1</sup>. En inglés encuentra Lewy una debilitación de la

casual el que el francés oponga *lorsque* para indicar una fecha precisa a *quand*, más vagamente temporal. Es porque en el caso de *lorsque* se tiene presente la serie de conjunciones en *que*, y la serie ordena emplear la expresión de dos miembros *lors/que*. Ahora bien, el sistema desarrollado de conjunciones subordinantes es demasiado reciente en francés (data de la época del Renacimiento, como demostró Lerch, y se debe a una imitación del latín clásico: el francés antiguo no tenía casi nada más que *que*, *quand*, *comme*). Por el contrario *aujourd'hui* (que el pueblo pronuncia *aujord'hui*), *maintenant* y *beaucoup*, son compuestos petrificados, imposibles de analizar con el sentimiento lingüístico francés, no menos unificados que *peu*, *hier*, *quand*, etc. No es posible pues reunir los dos tipos en un mismo párrafo bajo la etiqueta «zerlegbar» (descomponible) y «naturalista». Una de dos: o Lewy se basa en el sentimiento lingüístico moderno (y entonces las conjunciones son resultado de la abstracción moderna, si bien procedentes de un estado antiguo) o en la etimología histórica (y entonces el francés *aujourd'hui* no es más «naturalista» que el lat. *hodie* (< *hoc die*); al. (*hiutagu* >) *heute*, y los fr. *maintenant* y *beaucoup* no son más sorprendentes que los lat. *pedemtemptim*, *stante pede*, *magno pere*, etc.).

<sup>1</sup> Algunas aserciones categóricas acerca del francés sorprenderán al romanista: que el interrogativo no posee la declinación casual como el relativo, pero véase *qu'est-ce QUE vous faites?* y *qu'est-ce QUI vous pique?*; que el *que* subordinante no se emplea con *de*, reservado para los nombres, pero cf. *c'est une honte QUE DE mentir*; que hay un germen (*Ansatz*) de conjugación interrogativa en *est-ce que je parle?*, pero no debiera Lewy ignorar los sistemas completos de conjugación interrogativa que hay en francés y que analizó Foullet: *quoi que tu fais?*; *est ce que generalizado*; *aimons-nous-ti?*; que el tipo *la lettre qu'il avait écrite* es asimismo un germen de «conjugación objetiva», pero ¿no es más bien un rudimento, un resto artificial, en manera alguna popular, y no valdría más citar el estado mucho más vivo de esta construcción interromance en castellano (*tengo escrita la carta*)? En cuanto al italiano la impresión europea que recibió Lewy ¿no vendrá de que él estudió esa lengua principalmente en libros, en los cuales se desechan sistemáticamente todas las innovaciones populares (la única fuente de sus ejemplos es una novela de Bandello)? El estudio del italiano desde el punto de vista sintáctico casi está por comenzar todavía, justamente porque el prejuicio latinizante priva a los gramáticos, italianos y extranjeros, de ver los rasgos nuevos: estoy pensando por ejemplo en la sutil diferencia entre *questo dice Carlo* y *questo lo dice Carlo*, establecida por MERIGGI en VKR XI, 1; en la construcción, *corri corri, venne a Venezia*; en lo que llamé «Rahmenbildung» (encuadramiento): toscano *ci ha penso Brogio, ci ha penso* 'Brogio pensó en ello' (con una repetición que se está gramaticalizando). Extraño además no ver incluidas en estas caracterizacio-

distinción entre lo abstracto y lo concreto, distinción que a su modo de ver subsiste en otras partes: *wit* 'ingenio' y 'hombre ingenioso'; *witness* 'testigo' y 'testimonio'; *relation* 'relación' y 'pariente'. Pero el francés *bel esprit*, y el italiano *bell'umore* reúnen los mismos significados que el inglés *wit*. No es posible separar la expresión inglesa del «clima cultural» uno que originó todas estas expresiones en una misma época (siglos XVI y XVII) en las lenguas europeas (es el mismo «clima» que nos proporcionó también *avoir du génie* ~ *être un génie*; *ein überragender Geist*, etc.); el francés *témoïn* en *prendre à témoïn*

nes demasiado librescas de las lenguas europeas las modulaciones del discurso oral, que sin embargo forman parte de la gramática, y particularmente en italiano (cf. lo dicho más arriba sobre la entonación de la oración de relativo especificativa). Lewy llega hasta afirmar que en inglés *the men I killed* 'los hombres que maté' y *I killed the men* 'maté a los hombres' se distinguen exclusivamente por el orden de las palabras: eso es no haber observado nunca la pronunciación de tales frases en la conversación: las palabras *the men I killed* podrían significar 'maté a los hombres [no a las mujeres]', a condición de que la entonación no fuese la de una oración de relativo.

En fin, por lo que respecta al rumano, Lewy lo ve totalmente distinto de las lenguas romances occidentales, y el romanista estará en general de acuerdo con él; sólo discrepará en algunos matices: Lewy enseña, por ejemplo, que hay «tres géneros» en rumano, lo cual es exacto siempre que se acepte la definición de Graur para el neutro (no hay un neutro de la especie del lat. *verbum, genus, mare*, etc., que exige la concordancia del adjetivo), pero entonces no se podría desconocer el mismo neutro en italiano (*le membra*) y en particular los plurales italianos meridionales del tipo *luogora*, ni callar tampoco el hecho capital de que los pronombres neutros se expresan por femeninos, rasgo que ya se anuncia en francés, castellano, portugués, italiano, y que todos los sustantivos abstractos son femeninos, detalle que también aparece en francés. Como futuro sólo menciona Lewy o [VULT] *să cântă* 'cantaré', sin citar los demás tipos (entre los cuales el tipo con 'haber' es el único popular, GRAUR, *Bull. Ling.* IV, 42). «Dos formas casuales del nombre: nominativo-acusativo; genitivo-dativo». ¡No es verdad! Hay un vocativo distinto del nominativo y «aun el genitivo se distingue del dativo, y el acusativo del nominativo mediante partículas prefijadas, lo que demuestra que el sentimiento de los casos está vivo» (GRAUR, l. c.). «La eliminación del participio activo recuerda el español», pero Lewy se equivoca al creer en un participio activo vivo en italiano por haber encontrado *occhio gridante pietà* en Baddello, y un «participio activo» a secas en francés (aun en el caso de *en chantant*; el de *une femme aimant la vertu*, como es sabido, es percibido como gerundio, dígame lo que se quiera desde el punto de vista histórico). Más valdría reconocer la caducidad del participio activo en toda la Romania, mientras que el gerundio, también en decadencia por su parte (cast. *estoy que salto* por ... *saltando*), persistió mejor, y el participio pasivo sobrevive perfectamente estando incorporado a la conjugación. Es éste uno de los puntos en que el cerrar los ojos a la unidad romance nos lleva a concepciones enteramente falsas.

perpetúa el lat. TESTIMONIUM (abstracto, = *témoignage*) mientras que en *le témoin* ha habido la misma identificación del personaje con su función que en el inglés *witness*; es corriente, por lo demás, distinguir el ingl. *relation* 'relación' de *relative* 'pariente', pero aun si la observación fuese justa, ¿no tenemos en el al. *Verhältnis* (*er hat ein Verhältnis mit ihr; sie ist sein Verhältnis*) exactamente la misma traslación semántica? Y de agregar el inglés *fraud* y *cheat* 'engaño' y 'engañador', el tipo epiceno castellano-portugués *un guardia, cura, canalla, bragazas, calavera*, del que traté en *Bibl. dell'ARom.* II, 2 ¿no es rigurosamente idéntico? Cf. además el it. *la guardia* 'la guardia, el guardia', fr. *le garde*. Ante un rasgo humano en general (identificar al personaje con su papel) la geografía lingüística de Lewy es impotente. La construcción húngara *nagy mehetnék-je volt* 'su deseo era grande' lit. 'él tenía un gran yo-quisiera-ir' pareció sorprendente a Lewy; pero el francés *il a beaucoup de jemenfichisme, un m'as-tu-vu, un décrochez-moi-ça, beaucoup plus vaut un tiens que dix tu-l'auras* son construcciones análogas, que nada enseñan acerca de la estructura de ninguna lengua. En letón le sorprende la repetición intensiva, 'traía trayendo' 'la mujer lloraba llorar' 'llama llamarcito' (con infinitivo diminutivizado) 'en la eternidad de las eternidades' '¿irás? ¿no irás?'. El romanista, sin poder contener una sonrisa, tiene que preguntar si no hay aquí, como en tantos trabajos sobre el grupo leto-lituano (por ejemplo en los de E. Fränkel), la confusión constante entre la lengua general y el estilo de determinados textos populares, de donde sacaron ejemplos los lingüistas: si se hubiera escrito la gramática del catalán o del siciliano<sup>1</sup> a base de cuentos populares como los que publicaron

<sup>1</sup> Lewy basa sus descripciones en gramáticas (en general una o dos, bien acreditadas) y en sus lecturas personales (generalmente una sola colección de textos, bien escogida). Es una coquetería suya la de ahorrarnos largas bibliografías. Pero, ¿acaso dan en verdad una impresión suficiente de la lengua francesa las gramáticas de MÄTZNER (1856) y HORSLEY-BONNE (1935) más la necrología de VENDRYES sobre Meillet? De haber consultado los estudios sintácticos de FOULET o la Gramática de DAMOURETTE-PICHON, se hubiera asombrado de ver todas las posibilidades de la lengua francesa, que, lejos de ser la lengua abstracta que nos describen las gramáticas escolares, posee una amplitud de construcciones probablemente igual a la del alemán o del ruso, capaz de dar un mentís a todas las esquematizaciones. En conjunto ha descubierto Lewy en el francés menos rasgos característicos que en las demás lenguas del Oeste; en cuanto al francés, es todavía esclavo de las gramáticas escolares latinizantes, tan vacías de vida, tan monótonas. ¿Quién se daría cuenta, a base de esas gramáticas, de que hay desde hace siglos un sistema de tiempos ultracompuestos (*j'ai eu lu le livre*, como en alemán

Alcover y Pitrè, probablemente nos recordaría la que nos presentan como leto-lituana. Pero tenemos unos equivalentes exactos en el cast. *en llegando que llegue*, fr. ant. *voir une vision* 'soñar', it. *che è, che non è?*, *dispiacere non mi dispiacete*, fr. *pour un sale type, c'est un sale type*, el tipo latino *in saecula saeculorum* (que reproduce una sintaxis hebrea de la que el letón 'en la eternidad de las eternidades' debe de ser un calco al fin y al cabo), construcciones que comparé con sus paralelas semíticas, en el *Homenaje a Menéndez Pidal* y en otras partes.

Lo único que hay es que así como en romance esas formas de estilo se hallan en general confinadas en el habla popular, en leto-lituano se han convertido en formas gramaticales. Pero quien dice «estilo» dice civilización y así damos una vez más con influjos culturales. Igualmente sorprende a Lewy la carencia de cópula y el pulular de los participios en letón, mas la imagen que las gramáticas nos dan de las grandes lenguas de civilización europeas es del todo arbitraria, puesto que prescinden en general de estos mismos rasgos cuando aparecen en los refranes y máximas populares (cast. *lo pasado, pasado; tal padre, tal hijo*; al. *gesagt, getan; politisch Lied, ein garstig Lied*; fr. *donnant donnant; à trompeur, trompeur et demi*), en diarios, en telegramas, en *head-lines*: ¿con qué derecho se eliminan de las gramáticas unos giros tan vivos? 'Muchos soldados viniendo', citado por Lewy como ejemplo del narrativo letón, sería evidentemente un *head-line* excelente para un diario americano que informara de la llegada de más tropas al África. Tenemos indudablemente en todas las lenguas europeas occidentales un 'estilo nominal' que alterna con el 'estilo verbal'; la única diferencia con las lenguas orientales parece ser de grado: el estilo nominal está más o menos generalizado en estas últimas<sup>1</sup>.

*ich habe gelesen gehabt*, en inglés *I had done reading*), que Lewy no habría dejado de notar en lenguas exóticas? Indudablemente conviene de vez en cuando pasar por encima de los lingüistas especializados para tratar de ver con nuestros propios ojos, pero me pasma la valentía de Lewy al emprender el estudio de una gran lengua de civilización, tan bien estudiada por los lingüistas modernos, como lo está el francés... ¿a base de un texto de Vendryes y de dos manuales escolares!

<sup>1</sup> Agreguemos algunos casos en los que Lewy no anota unas analogías que son evidentes. En irlandés «el nominativo singular significa el singular, sin necesidad de añadir un numeral» ('21 vidas' expresado por 'vida y veinte'); pero el francés de *part et d'autre*, cast. *hora y media*, it. *il tocco e mezzo* 'el toque [del reloj] y medio' = 'las doce y media', presentan gérmenes de la regla irlandesa. En casos semejantes insiste Lewy en la diferencia entre categorías firmemente arraigadas en una lengua y gérmenes esporádicos; pero bien sabemos que por influjo

El lector que me haya seguido admitirá lo aventurado de las generalizaciones de Lewy: sus clasificaciones se basan en omisiones o admisiones arbitrarias de rasgos esenciales en las lenguas estudiadas; a menudo diferencias de grado nos son presentadas como diferencias de naturaleza en los fenómenos; se nos dan como propios exclusivamente de una área limitada rasgos de lenguaje humanos generales, extendidos más o menos por todas partes; se sacrifica la esencia de los varios fenómenos, su centro de irradiación ideológica, su forma interior, para obtener simplificaciones debidas al espíritu de sistema que Lewy ha querido prevaleciera; no se tiene en cuenta el factor « estilo », lo que equivale a desconocer factores de civilización que actúan sobre toda lengua humana; se sacrifica el hecho histórico, observable, a la especulación prehistórica: si hay que elegir entre una influencia cultural relativamente reciente y una influencia que se remonta a la prehistoria, Lewy optará por la última. Para él el del vasco o de la lengua proto-atlántica es el gran influjo que ha sufrido el castellano (arriba hemos visto que los períodos del castellano clásico no son en su concepto un retorno voluntario a la cultura romana); igualmente, el ilírico, presunto antepasado del albanés, será la lengua-nodriz del rumano, del búlgaro, del neogriego <sup>1</sup>. Si le creyéramos, una obra maes-

de determinados factores culturales el hecho ocasional puede tornarse habitual.

Igualmente apunta en los §§ 191 y 200 que el albanés y el rumano, así como el neogriego y el polaco, expresan el relativo por un « signo de relativo » invariable + un demostrativo ('el hombre *que yo lo he visto*'), pero eso es también usual en francés popular y en catalán, y hay construcciones análogas en castellano vulgar (*el hombre que le entregué la carta*) etc., y me parece que es, al fin y al cabo, uno de los aspectos de la *Flexionsisolierung*, del espíritu analítico de las lenguas modernas, de la separación de los morfemas y de los semantemas: no se puede, pues, hablar de la « estructura peculiar (*eigenartig*) del relativo » en albanés, ni de una estructura del « signo del relativo » en rumano, diferente de la occidental.

<sup>1</sup> En el caso de un cambio radical de tipo de lengua por el influjo cultural de otra, como por ejemplo en el caso de la indoeuropeización del húngaro, que se está desarrollando ante nuestros ojos, la responsable es una gran lengua mundial, el alemán. Si casualmente el alemán no existiera más que hasta el punto en que conocemos el ilírico, ¿ nos podríamos atrever a reconstruir, siquiera fuese más o menos, el influjo que ha sufrido el húngaro? ¿ Por qué un miembro del grupo atlántico, como el castellano o el italiano, no habría podido indoeuropeizar el húngaro de la misma manera? En cuanto a las lenguas balcánicas, hago más prudentes conclusiones a que llega GRAUR en su artículo *Coup d'oeil sur la Linguistique Balkanique* (*Bull. Ling.* de Bucarest, IV, 30): él no niega la existencia del substrato balcánico, sino la demostrabilidad y la definición exacta

tra como la de Menéndez Pidal sobre los *Orígenes del Español*, que nos muestra la maravillosa irradiación de un pequeño grupo lingüístico, del castellano de los siglos VIII a X, estaría ya eclipsada; y los antepasados de unos oscuros pastores, los albaneses, hubieran tenido sobre el rumano más ascendiente que Grecia (siendo así que Lerch demostró últimamente, en la *ZRPh.* 1940, que el artículo pospuesto del rumano se debe particularmente a las traducciones griegas de la Biblia; y por lo demás, ¿qué sabemos del rumano antes de la Reforma?). Estamos en presencia de una huida lejos de lo conocido, hacia lo desconocido, ese desconocido que, como escribía Graur, tiene «buenas espaldas». Lo conocido son en nuestro caso las influencias culturales a nuestro alcance, lo desconocido es el influjo racial, por llamarlo así<sup>1</sup>, que se pierde en la penumbra lejana de la prehistoria<sup>2</sup>. Claro que debió haber un influjo del ibero en el castellano, del ilírico o del tracio en el rumano, pero ¿cómo dilucidarlo?

Eso, que es una necesidad para el pensamiento teórico, no es fácil hoy por hoy que podamos probarlo. Admitiendo con Lewy que unos «gérmenes» depositados en una lengua arquetipo por antepasados

del mismo («tracio, ilírico u otro») y mientras se opone al «método consistente en descartar por sistema lo que es indemostrable a priori y en admitir en su lugar una teoría demostrable, sí, pero muchas veces falsa», concluye el artículo con estas mesuradas palabras: «En definitiva, lo más claro que sabremos siempre acerca de la lengua que formó el substrato balcánico, será precisamente lo que nos enseñen las concordancias de las lenguas balcánicas actuales». Tal vez le hubiera valido más a Lewy basar sus estudios de lenguas-substrato en trabajos de lingüistas historiadores competentes como Graur, que tratar por sí mismo de clasificar de nuevo todas las lenguas según su método descriptivo: su «tipología geográfica» me parece un salto mortal, salto por encima del transcurso de tiempo que conocemos.

<sup>1</sup> Quizá me estoy haciendo culpable de desfigurar aquí las ideas de Lewy, pues él habla siempre de influencias espirituales (la transformación de la lengua, para él, como para Vossler, es transformación de mentalidad y de civilización, «Geist und Kultur», y aun la mezcla de sangre, tantas veces responsable de la mezcla lingüística, la mira él como un proceso espiritual ante todo, en cuanto el connubio supone la voluntad de asociarse con una raza extranjera). No obstante, como cree en la supervivencia o revivencia milagrosa en las lenguas modernas, de rasgos lingüísticos pertenecientes a razas muertas, llegamos casi a un racismo.

<sup>2</sup> No puedo despojarme de cierto terror imaginando unos clasificadores de las lenguas del mundo que nos enseñaran a contemplar las lenguas europeas dentro del conjunto de «áreas globales». Ya hemos visto la odisea moderna del vasco, y sabido es que Pokorny, el mejor conocedor, al parecer, del irlandés vivo, veía aflorar, leyendo esta lengua un subsuelo «camítico» (!).



lejanos puedan desenvolverse con el tiempo y producir en las lenguas hijas, nacidas por la segmentación de la lengua arquetipo, unos resultados diferentes en el pormenor lingüístico, vamos a dar en la arbitrariedad pura y nos privamos de toda posibilidad de prueba: si la *-n* subordinante del vasco, prolífica para Lewy como coneja, puede haber tenido tantas repercusiones en castellano, y si puede mirarse este rasgo vasco junto con otros muy diferentes del irlandés, del inglés, del francés, del italiano, como rasgo básico de una «lengua atlántica», se hará imposible toda demostración de semejantes continuaciones, pues se sustraerá a toda prueba. Los estudiosos que, en el estado restringido de nuestros conocimientos, se resignan a no afirmar nada preciso sobre la influencia (en teoría innegable) de los pueblos antiguos sobre la lengua, ¿se habrán hecho culpables de una cobardía mental imperdonable? ¿Hubieran debido precipitarse, cerrando los ojos, en el abismo de lo insondable? Personalmente opto por la negativa <sup>1</sup> — sin desconocer la audacia intelectual y valentía moral

<sup>1</sup> Tengo que reconocer lealmente que mientras Lewy caracteriza una lengua que conoce bien y nos va demostrando como rasgos diferentes, no solamente se suman, sino que se integran en un tipo uno, le sigo con entusiasmo. Entonces sería el momento de relacionar este tipo lingüístico con una actitud psicológica esencial procedente de una civilización bien definida históricamente: por ejemplo no cabe dudar de que lo racionalizado y abstracto del inglés, manifiesto en la *Flexionsisolierung*, es reflejo de la racionalización y del abstractismo calvinista que condujeron al maquinismo, al capitalismo y al ideal de la *efficiency* angloamericana. Ahora bien, para Lewy el origen de la máquina en Inglaterra en el siglo XVIII permanece «enigmático» («rätselvoll», § 377), y es que para él, que no piensa en la civilización moderna de Inglaterra, influida por el calvinismo, sino en la supervivencia biológica, el abstractismo que conduce a la máquina es un hecho indoeuropeo (con estupor leemos unos análisis, por lo demás maravillosos, de la radiotelefonía, del automóvil, etc., en este estudio sobre la prehistoria lingüística de Europa), y así tratará de hallar en el inglés moderno (§ 146) subsueños preindoeuropeos, imaginará puntos de contacto con el ugro-finés y el vasco (para fenómenos que no se encuentran en anglosajón, lengua que, según reconoce en el § 314, no se distingue mucho de los demás idiomas germánicos), para justificar la inclusión del inglés en el pretendido grupo «atlántico» primitivo. De esta manera apela a hechos lingüísticos relativamente modernos para probar una «prehistoria» (Lewy no gusta de esta palabra, por cuanto en su concepto se trata más bien de la historia verdadera) del inglés, y salta por encima del desarrollo histórico (partiendo del anglosajón) que un Jespersen ha estudiado tan bien. Los ingleses y el inglés moderno se explican por el hecho preindoeuropeo en lucha con el indoeuropeo, y no son Guillermo el Conquistador, la reina Elisabet, Cromwell, Locke, Newton, quienes determinaron la racionalización lingüística y cultural de este pueblo.

de un investigador intrépido como Lewy — tanto más cuanto que el romanista, más que nadie, tiene a la vista un Jardín de Delicias, con tantos frutos tangibles por cosechar, y que a estas horas está todavía relativamente inexplorado: el estudio de la influencia que ha tenido en las lenguas europeas esta tríada cultural sin rival en el mundo: Héléade, Roma y el Cristianismo. En el libro de Lewy esas tres fuerzas están destronadas, y sólo queda en él una «Mentalidad Indoeuropea» conquistadora de Europa, que me parece vaga y abstracta a mí, romanista, para quien existe el mundo visible; y ¡qué hermoso mundo visible, el de la Romania!

Bien sé que toda síntesis es «prematura» y que en nosotros el espíritu conservador está siempre pronto para rechazar de buenas a primeras cuanto venga a perturbar nuestros hábitos y nuestra papejería. Todo lo que digo contra Lewy se dijo contra el intento de Vossler y mío, de buscar hechos culturales y espirituales en las innovaciones de las lenguas que estudiábamos. ¿Me habré convertido en un reaccionario? Con toda conciencia me lo he preguntado y vuelto a preguntar. No lo creo, sin embargo: el caso es que ahora me parece que Vossler llegó demasiado lejos en la «psicologización» de pormenores, y que con frecuencia explicó hechos lingüísticos por una psicología demasiado impresionista, improvisada y muy suya. Me parece que el deber actual está en tomar una actitud de retroceso y aun de oposición frente al maestro de Munich, está en la profundización y no en la extensión del método de Vossler: hay que buscar casos concretos, observables (en que no falten los materiales y en que la lengua y la civilización sean bien conocidas), de reflejos de una civilización en la lengua, de congruencia y aun de identidad de la forma interior de un fenómeno de lengua y de un fenómeno de civilización: no se trata de encontrar semejanzas superficiales sino de probar en verdad que la forma interior de cierto fenómeno lingüístico y de determinado fenómeno de civilización es idéntica, lo que presupone un estudio intenso y sin prejuicios, primeramente del hecho lingüístico (con averiguación de su principio), y después del hecho cultural (con averiguación de su principio), y sólo cuando esos dos estudios, llevados a cabo separadamente, conduzcan a una coincidencia o por lo menos a la congruencia en un principio único, puede la demostración calificarse de éxito. Es preciso salir de la ocurrencia «ingeniosa» para llegar a algo definitivo, científico, demostrable. Basta de ideas fulgurantes que pueden ser espejismos; introduzcamos la exactitud más estricta en el terreno huidizo de la historia del espíritu humano refle-

jada por la lengua. Sólo eliminando completamente el más o menos lograremos conjurar los peligros mortales que amenazan en estos momentos a la lingüística: la oposición tenaz de los «antimentalistas» norteamericanos y rusos a toda introducción de la «mens agitans molem» en el estudio de las lenguas, y la reducción de la lingüística a una rama auxiliar del cálculo de probabilidades y de la estadística. Esos estudios paralelos de forma interior (lengua-civilización) no se pueden llevar a buen término, en el estado actual de nuestras investigaciones, más que en una sola lengua (bien conocida del erudito que la estudia y de sus lectores), sobre la que se hayan dejado sentir, en el curso de su historia, factores de civilización asimismo bien conocidos; para esta clase de estudios los romances son un terreno ideal de investigación, muy preferible al samoyedo y aun al letón o al vasco. Si observamos por ejemplo cómo la idea cristiana de la gracia activa se refleja en las formaciones del latín eclesiástico y del romance en *-ficare*, o la actitud de fraternidad espiritual en Dios asoma en verbos provistos del prefijo CUM- (CUMINITIARE > *comenzar*), o si el impresionismo de los Goncourt se traduce en una sintaxis jadeante y febril, que se propaga al lenguaje de los periódicos franceses y europeos del siglo XIX, o si una frase de Flaubert o de Proust, imagen de una visión del mundo, procura incorporarse un mundo entero de cosas y de sentimientos, mientras en los superrealistas la frase, igual que el mundo, se desintegra, estamos pisando, a mi entender, terreno firme. También ahí la lingüística románica, con sus resultados verificables, dará la nota a las demás disciplinas, no al revés, y esta responsabilidad de la *praeceptrix linguisticae* es seguramente la que impulsa al romanista firmante de estas líneas, a negar el asentimiento a una síntesis, que, en el estado actual de los estudios romances, tiene que juzgar prematura y llena de peligros.

LEO SPITZER.

The Johns Hopkins University, Baltimore.